

L E T R A
D E 1 2

Grupo Literario
Letras



Pedro Juan Vallejo, Editor
Universidad EAFIT

- 2019 -

LETRA DE 12

Letra de 12
Grupo literario "Letras"
Diseño y diagramación: Claudia Giraldo
Universidad EAFIT
Departamento de Desarrollo Artístico
2019

El Grupo Letras está formado por estudiantes, profesores, empleados, egresados, amigos de la literatura, vinculados a la comunidad eafitense. Cuenta con siete publicaciones: "ArcaVoces" (2003); "Ojo de agua" (2005); una novela colectiva "Todo amor termina en el Centro" (2007); "Meridiano Letras" (2010); «Dos puntos seguidos y uno aparte» (2013); "Nada es casual en esta casa" (2015), y una segunda novela colectiva, "Canto de Cigarras" (2018). Poemas, cuentos, textos cortos, ensayos, novelas, nada le es indiferente a los Letras, apasionados como son de la lectura y la escritura, acogidos en un pulido trabajo y esfuerzo silencioso.

"Letra de 12" es la primera publicación de una serie dedicada a presentarle a los lectores del Grupo Letras las inquietudes literarias que tienen lugar en los encuentros semanales. Son textos pulidos durante meses, tal vez completos, tal vez inacabados, pues la tarea de escribir es una labor interminable, pero la publicación le da a los autores la posibilidad de encontrar desde la lectura ajena puntos de referencia para modificaciones posteriores, de tal forma que el escritor pueda tejer en compañía del lector ese universo íntimo de la palabra. Cada semestre entonces, el Departamento de Desarrollo Artístico espera publicar algunos de los muchos relatos, crónicas y poemas que se gestan a puerta cerrada los viernes al mediodía, como una invitación a que otros ojos, otros labios, otros sentidos, otros corazones -los de los lectores- entren a ser parte del mundo un tanto secreto de la escritura. Esperamos disfruten leyendo, tanto como nosotros escribiendo.

L E T R A
D E 1 2

- De seguro te acuerdas----- Pag. 7
Santiago Fiallo
- En la calle----- Pag. 8
Daniela Henao
- Inasistencia----- Pag. 9
Oscar Darío Villa
- Lechuzas en primavera----- Pag. 16
Paula Andrea Gaviria
- Manos rosaditas----- Pag. 22
Jose J. Duque
- Ramen----- Pag. 23
Julieta Ramírez
- Rose----- Pag. 27
Oriana Maya
- Espejismo----- Pag. 37
Juliana Villegas Gómez
- Triángulo de dos caras----- Pag. 39
Ana María Cadavid M.
- Perlas ácidas----- Pag. 45
Marta Peláez Gaviria



De seguro te acuerdas

Pa', hoy mirando el mierdero que he hecho, quisiera poder sentarme otra vez en tus piernas. Como cuando mi mayor preocupación al final de cada día era saber si cuando fueras a parquear el carro me dejarías a mí, al varoncito de la casa, parquearlo contigo. Tú manejando los pedales y yo la cabrilla, mientras ponías una mano en su borde para asegurarte que no hubiera un accidente. ¿Te acuerdas? Yo ahí te contaba de mi día y tú te reías conmigo de lo que me había pasado en clase. Me escuchabas mientras te decía mis notas del último examen de mate o geometría, y tú me hablabas del buen ingeniero que yo llegaría a ser. Pa', ¿te acuerdas de que a veces ya habíamos parqueado el carro y solo porque yo quería parquearlo otra vez volvías y lo sacabas a pesar del desespero de mamá? O de seguro te acuerdas de que le decíamos que ella fuera subiendo al apartamento mientras parqueábamos, pero era mentiras, apenas ella salía de la vista yo me ponía en el asiento de copiloto a pesar de no tener la edad, y te acompañaba a comprar el baloto en el Carulla de al lado, en el cual me comprabas un helado para disimular con mamá. Pa', sé que te acuerdas, y hoy quisiera poder estar de nuevo en ese carro escuchándote hablar mientras pensabas que iba a cumplir tus expectativas.

Santiago Fiallo



En la calle

Cruzando hacia el otro lado de la avenida, caminando hacia mi casa, entre paso y paso, raya y raya que voy contando, no logro escuchar el sonido detrás de mí ni las luces que me encandilan.

Un poco mareado y catatónico, logro recobramme. Tropezco, miro a mi alrededor y veo un cuerpo tirado de espaldas en medio del pavimento; pocos segundos transcurren para que la multitud lo rodee, empiecen a murmurar y a preguntarse entre ellas, ¿estará vivo?

Llegan los paramédicos, dan un paso hacia adelante, giran el cuerpo y dejan, a la vista de todos, el rostro de aquella persona. Lo reconozco, rápidamente salgo volando, disparado al cielo.

Daniela Henao



Inasistencia

El sábado había muerto su madre. Lo esperarían hasta el lunes en la mañana para el entierro. Era martes y apenas iba en camino. Desde aquel día la vía Guatapé-San Rafael se encontraba cerrada por seis derrumbes. Ni a lomo de mula pudo abrirse paso, dizque el alma de su mamá lo sacó de tanto pantanero y esa fue la manera como pudo llegar a la ciudad en la noche anterior. También me contó que a la una de la madrugada la desesperación le despertó las ganas de fumar, salió a conseguir un cigarrillo, lo atracaron, por de malas el transporte no salió en la mañana, le tocó viajar a las doce del día, cansado de aguardar compró licor, se acomodó en el bus y se quedó dormido.

Durante aquel viaje olí el tufo, me ofreció ron, apreté la boca y me encogí, mientras él bebía de la botella que ocultaba en un bolso. El bus atravesó la variante de Caldas y subió por una cuesta al Alto de Minas.

Vi un retén, los policías ordenaron el pare, un perro entró, fue a meterse por debajo de mis pies, no pude darle espacio, un policía silbó, me puse de pie y el animal se lanzó contra mi compañero de viaje. El uniformado le ordenó bajarse, el hombre salió cargando el bolso y dando tumbos. El teniente le preguntó:

—Nombre —preguntó el teniente con una voz ronca.

—Antonio —respondió.

Luego de hacer un registro, dieron la orden de seguir y el conductor murmuró:

—¡Qué güevonada borrachos en el bus!

La amargura de Antonio no la derramó en lágrimas, la exprimió en el corazón y la expulsó con un soplido que hizo más grande su cara barbada. Me aseguró que era vaquero y vivía en una casa de barro con su mujer y cinco hijos estudiantes.

El bus siguió rumbo a Versalles y a los dos kilómetros una fila de carros lo detuvo. Se escuchó el comentario: hasta mañana no habrá paso porque hay derrumbe, varios autos se devolvieron. Antonio se dejó caer en la silla y el filo del hambre se marcó en una arruga larga de su frente. Cuando se durmió, le metí en el bolsillo de la camisa mi dinero y regresé a Medellín.

Fue así como se iniciaron los hechos desencadenantes de lo que me haría, de los que nunca me percaté por mi bobada, y ya sin plazo los veo.

Transcurrieron dos semanas y entre la gente que deambulaba por la plaza yo iba buscando a mi viejita que se había extraviado, la divisé en un tumulto, levantó la diestra, pareció que ella me encontraba a mí

—La caridad abre la puerta del cielo —me dijo. No entendí. La multitud me impedía ver. Luego escuché una voz de hombre en súplica y el eco de monedas al caer en una olla.

Me empiné, estiré la nuca, desistí del intento, me agaché, busqué por entre la cantidad de piernas un orificio que me permitiera clavar los ojos, por un claro vi una sonda quirúrgica adherida a una bolsa de hospital con agua sangre, y una vasija con dinero.

No quité el ojo y no vi a nadie, por la incesante súplica, me convencí que alguien sufría por enfermedad y miseria. Llevé la mano a mi billetera, me alargué y deposité mi plata. Traté de salirme, no hubo oposición, quienes impedían mi visión estaban de retirada y ante mis ojos quedó el cuadro completo. "¡Antonio!", gritó mi mente y mi garganta enmudeció. Se ruborizó, quiso taparse, hizo una mueca y me lanzó una mirada penetrante. El destino nos dio una mala jugada, a él le golpeó el orgullo y en mí rompió el velo de la inocencia. Unos hombres ligeros recogieron la limosna, lo llevaron a cuestas sin medida y el líquido enfermizo que corría por la sonda a la bolsa se derramó. El olor a lavanda me ahogó y vi el taxi que se llevó al gigante echando maldiciones con sus manos blancas.

No son imaginaciones, el mundo es un pañuelo y las etapas de un criminal dan inicio en los simples imprevistos de la vida. ¿Sería coincidencia?... En el estadio Atanasio Girardot

cuando jugó el Deportivo Independiente Medellín contra el Club América de Cali, partido que fue suspendido por una tormenta, el frío me hizo avanzar desde la tribuna hasta el corredor y el olor a café me llevó a las ventas ambulantes. Un hombre tiritando y envuelto en una capa negra me vendió un tinto, le pagué con 50 mil, único dinero que me quedaba. El coro de los hinchas me aturdió. El hombre se iba con el billete en la mano, traté de impedir su retirada, me dijo amenazante:

—Ya vengo, voy a cambiar el billete, no tengo sencilla.

Lo reparé un momento y cuando tuve la certeza alcé la voz:

—¡Antonio, Antonio tráigame la devuelta! —Y con sus piernas largas salió como un disparo por las escaleras.

Una semana después la campaña para elegir al presidente de Colombia estaba en pleno apogeo. Mi ruta era llegar a la Oficina de Registros Públicos de la Alpujarra, la manifestación de adeptos al candidato que en las urnas resultaría elegido se interpuso por la calle San Juan, decidí pasar por entre el gentío, tuvo que ser que me confundieron con un sicario y por eso una mano de fiera me sacó, me llevó hasta la otra acera y me puso a un tiro de revólver. Por memoria me reconoció, le salieron chispas del chasquido de su dentadura y antes de que se regresara con ropa de acero a proteger al presidente alcancé a decirle:

—¡Antonio! ¿Qué hace aquí?— Y con viveza me respondió:

—Éste es el empleo perfecto.

Ni yo lo podía creer, nos aparecíamos como tropiezos de coordenadas por el azar. Una mañana al correr la cortina de mi dormitorio vi un auto nuevo que resaltaba el símbolo de bomberos voluntarios y desde un parlante anunciaban las características del coche. Varios vendedores ofertaban boletas.

Inconforme cerré la ventana, viré, y estaba de regreso mi esposa.

—Traje estas boletas de un hermoso auto que nos vamos a ganar —me informó con afecto.

—¿Qué fiaste?— dije con desgano.

—Sí, entiendo, voy al clóset por tu billetera y ya las pago. Te saco lo preciso: 400 mil pesos por las dos y el 24 de diciembre nos ganaremos un auto nuevo.

Me rasqué la cabeza, me dejó en silencio. Ella se dirigió a cancelar la deuda y al abrir de nuevo la puerta vio en la entrada a un hombre. El cobrador y yo cruzamos las miradas, un sudor frío lo bañó, yo en cambio me paré como empujado por una fuerza eléctrica, temblé y al momento caí sobre el taburete. Antonio aceleró el recibo del dinero y con la mano que lo empuñaba me apuntó. Sentí que desde su negro corazón me daba muerte a plomazos.

Aquella noche la pasé llevado por la mente: "Pasaré por encima de mis hijas, el celador no será capaz de detenerlo y una estela de destrucción quedará en mi propiedad", me dije. Hasta el amanecer corrió por mi lecho un espanto que me dejó con las cuencas pintadas de nubarrones. A partir de ahí no tuve vida, hice miles de desvíos para cumplir con mis rutinas, una tierna niña representaba para mí un peligro y en cualquier lugar veía en la imaginación al asesino.

Por el evidente ataque, me atreví a llevar un estorbo ceñido al estómago. La agonía es dureza que espina el dolor y es en su duración cuando valoro al tiempo. Eran las cinco de la tarde y por el último resplandor del sol, el brillo solo me permitía mirar de frente, los reflejos de los objetos se alargaron, sentí el cucurricutear de las palomas del parque San Antonio y un hormigueo por la espalda.

Con ligereza puse una mano en el vientre, al frente vi la transparencia de mi ser prolongado, inclinado al lado derecho, con tal suerte que me permitía ver la sombra de mi perseguidor.

Venía como un alfil, pantalón estrecho, y en sus manos de gorila traía una daga.

Por mis acostumbradas andanzas entre bosques y caminos de piedra, solía estar preparado para una buena carrera; intenté arrancar. Atado cual vaca con manea, no pude volarme.

En el estrecho que hay entre las esculturas del Pájaro de Fernando Botero, le hice un quite, con sus tenazas me atrapó a traición, me acoyundó contra su pecho, giré mi nuca, rugía endiablado, me emborrachó su tufo, descargó la mano izquierda sobre mi cara, con la otra clavó el filo en mi espalda y a borbotones mi sangre tiñó el castaño de sus vellos.

Fue un instante para ambos, en un estirón apreté el gatillo antes de desvanecerme y ¡pum! ... se clavó en su pecho. El chorro de sangre manchó el cemento.

Oigo el crujir de las ruedas de camillas en urgencias y una voz dulce de galena profesional informa a mis hijas:

—Ha llegado sin signos vitales.

Oscar Darío Villa



Lechuzas en primavera

*La pelota que arrojé cuando jugaba en el parque
aún no ha tocado el suelo.*

Dylan Thomas.

Cuando correr por las calles era permitido, y ser policía o ladrón era todo una puesta en escena, salía a relucir la chucha cogida y seguida, disfrazada de escondidizo que con un *Tín marín de do pingüe* relegaba alguno a ser un simple observador, pedir permiso hasta tarde era una obra de arte dramático y no ser llamado a los gritos para entrarse a casa era ser el rey, porque el rey pide y pide de todo hasta quién era el cocinero de la comitiva o el zapaticito cochinito; siempre algún puente quebrado había que curar para que el rey pasara y dijera *con esta señorita me caso yo*, el que no cantara y saltara o tuviera una pelota no era buscado por otros ni mucho menos incluido en la vuelta a Colombia, saberse cada uno de los juegos y tener el mejor amigo que moviera la manada podría hacerte el líder o si no que lo diga "Pocillo" desde la terraza que, como un árbitro o un juez sin veredicto, se dedicaba a delatar a todos, nunca lo dejaron pisar la calle o mezclarse con esa chusma como nos gritaba Rosa su mamá, era la bruja del barrio; aunque créanlo los aquelarres existían e hicieron que más de un niño desapareciera con toda su familia; yo las llegué a ver aunque no eran feas como aparecían en los libros de cuentos infanti-

les pero tenían gatos peludos asomados por las ventanas y estaban acompañadas de algún hombre con el que nadie quería toparse. Un, dos, tres por "Pocillo" que regresaba la pelota pinchada o con un corte quirúrgico perfecto de lado a lado. La calle era nuestro hogar, aprendías a remar o te ahogabas y vi muchos alejarse de la orilla.

La luz se nos iba con frecuencia y corríamos despedidos, *jugaremos en el bosque, mientras el lobo no está. ¿Lobo está? Me estoy..* Llegó la luz gritamos todos juntos. Corran porque el lobo nos quiere comer a todos.

9:20 de la noche un estallido en el parque de San Antonio, un pájaro quedó destruido, a cincuenta metros, más de trescientas personas bailaban.

El olor a carne frita y tajada madura se esparcía por las calles, era la alarma olfativa de regreso a la casa, hora de la comida; yo llegaba puntual y de postre *arroz con leche me quiero casar con una señorita de la capital, con esta sí, con esta no, con esta señorita me caso yo.* Nunca me casaré, ni tendré hijos, me decía Mary en voz baja, era mi mejor amiga; habíamos jurado serlo hasta el fin de los tiempos; hicimos un pacto, cada una escupió su mano y cruzamos nuestras salivas como un símbolo de lucha, unión, en tiempos donde la muerte se disfrazaba de juego macabro.

Las vacaciones eran una eterna meditación contigo mismo, pasar horas mirando al cielo adivinando figuras con las nubes. No llegué a ver ángeles, solo formas de animales y algún monstruo, esos se repetían con frecuencia, contar estrellas fugaces y pedir deseos era lo más alto que podíamos tocar. Mary reiteraba el mismo deseo: viajar a la USA donde estaba su papá e irse por el hueco, si tanta gente lo había logrado ella por qué no; me mostraba una foto de su *daddy* con ella en brazos, tan desteñida que solo veía dos manchas de rostros; Mary vivía con su mamá y su padrastro Federico, de ellos casi no hablaba, pasaba todo el tiempo en mi casa y mis padres la adoptaron como una hija más.

Arepitas pa' el papá que mañana se nos va pa' Bogotá...

Éramos artesanos de algún juguete, nuestras primeras cometas fueron de papel periódico y del hilo robado de la máquina de coser de alguna mamá, aunque supiéramos que una posible paliza se avisara por dejar las costuras a medias; el hilo se iba enredado tras una cometa, la competencia iniciaba con la que volara primero o más alto llegara, las mías nunca volían, en el fondo lo deseaba: que se perdieran en ese cielo brillante porque esto fue lo más cercano a viajar fuera de las montañas. Apostábamos sobre qué había más allá del Picacho. "El Pato" era el ganador casi siempre, todos apostábamos por él, su cometa fue la reina del barrio y nos contaba que era capaz de

Llegar hasta la Conchinchina, nadie supo dónde quedaba, pero sonaba que quedaba muy lejos. Su hermano mayor, "El Loco", vendía cometas cerca de la plaza mayorista, un día sentó a todos los niños de la cuadra en un andén y sacó bolsas de plástico, varillas de bambú y un tambor con pita, uno a uno fuimos armando cometas, sin proponérselo nos enseñó a sostener el cielo y durante toda nuestra infancia por fin aprendíamos algo útil que nos unía. Teníamos una rivalidad directa con otros barrios, nosotros éramos los primeros en llenar de soldados el cielo y, como en una guerra, lucíamos nuestras mejores maniobras con giros y majestuosas colas largas, evitábamos que se enredaran, no podíamos perder ninguna, aunque Mary tenía su propia nube negra, con frecuencia se le enredaba su cola y la cometa caía en picada y nadie alcanzaba a rescatarla para evitar su pérdida.

...y en un bosque de la China una Mary se perdió y como yo andaba perdido nos encontramos los dos, era de noche y esa Mary tenía miedo, miedo tenía de andar solita, anduvo un rato y se sentó, junto a la Mary se sentó Federico, él que sí, ella que no y al cabo fueron de una opinión. Abajo del cielo de la China, la Mary se sentó y la luna en ese instante indiscreta la besó; luna envidiosa, luna importuna, tenía celos, celos tenía de su infortunio, anduvo un rato y desapareció para Mary -

Don Federico mató a su mujer, la hizo picadillo, la echó al sartén, la gente que pasaba olía a carne humana era la mujer de don Fe de ri co.

A Mary se la llevaron.Tín, tín corre corre.....

Después de esa noche el silencio vigiló las calles y abucheó a los adultos para evitar que hablaran con los niños, preguntaban por Mary y una historia diferente salía cada día, yo le echaba la culpa a las brujas, a los monstruos de las nubes, a Mary por no gritar, a mí por no estar ahí.

—Ángel de mi guarda mi dulce compañía no me desampares ni en la casa, ni en la escuela, antes que me cojan los marihuaneros de la esquina que yo pueda ser casi una mujer maravilla, con mi lazo de la verdad y brazaletes mágicos, voy a girar, girar y girar hasta desaparecer.

—Las cometas no avisaron el futuro, el señor del costal no tiene a Mary.

Tengo una muñeca vestida de azul, zapaticos blancos de lantal de tul; la llevé a paseo y se me constipó, la tengo en la cama con mucho dolor, esta mañanita me dijo el doctor que le dé jarabe con un tenedor, dos y dos son cuatro, cuatro y dos son seis, seis y dos son ocho y ocho dieciséis años después volví a ver a Mary después de esa noche.

Yo conservé la cometa de Mary, la volé por años con la esperanza de que la viera y supiera que estaba con ella, que podía buscarme, que conservaba la alianza. "Pato" me ayudaba a volarla, pero entonces nunca tuvimos noticias y cuando los juegos se fueron archivando en la infancia, la cometa fue a hacerle compañía al tiempo que abraza el olvido.

La Lechuza, la lechuza hace shhh, hace shhh todos calladitos como la lechuza, hace shhh, hace shhh.....

Y así aprendimos a callarnos y a hacer lechuzas en una primavera que nos despintó el paraíso que dibujamos en las terrazas. A trazos, a pulso de tiza, esta ciudad nos devoró a todos, detrás de una Polaroid donde solo veo una verdad que duele shhhhh.

Paula Andrea Gaviria



Manos rosaditas

Las manos del padre Córdoba son rosaditas. Estira los brazos como si fuera a volar y las abre en misa. Con ellas reza mirando el techo de la iglesia blanca y alta de mi barrio. Yo pienso que el padre Córdoba de verdad es un ángel y que tiene por alas las manos rosaditas. Todos los niños lo queremos mucho. Él nos defiende del pecado y del perverso demonio. Yo le tengo mucho miedo al demonio, lo veo negro y feo, con cachos y con cola, así como dice el padre Córdoba. El diablo —porque también se llamaba diablo— vive en la oscuridad y por eso me da miedo la noche. Arrodillado en la cama antes de dormirme y con la luz prendida, repito en voz baja todas las oraciones que recuerdo; aquellas de la misa y también las otras que me ha ido enseñado el padre Córdoba. Luego pienso en él y en sus manos rosaditas como dos alas sobre mi cuerpo, que me protegen de todo mal.

Jose J. Duque



Ramen

—¿Qué?

—Está sangrando.

Miré hacia donde señalaba su dedo paliducho, demasiado delgado. Me tuve que girar bastante. Efectivamente, el calcetín estaba impregnado de sangre, había traspasado la media y empezaba a teñir la tela del tenis. Temí que fuera a manchar las baldosas del supermercado. ¿Y si me hacían limpiarlo?

—Ah esto, no es nada. No se preocupe. Con razón me sentía un tanto mareada —Bromeé. No se rio.

—¿Está bien? —Parecía preocupado.

—¿Qué si estoy bien? Claro que lo estoy. Esto, pues, ha sido un accidente, me he regado un poco de algo al salir de casa.

No me creyó. Bueno, que me creyera o no poco importaba. Lo que de verdad me importaba era salir de esa bendita fila de una vez y poder llevarle los fideos a Miguel, ese ramen que tanto le gustaba.

Pero la cajera no se movía. De forma muy imprudente había pegado oreja donde nadie le pidió que se metiera. Estaba medio inclinada sobre la caja, en un intento vano de ver qué tanto me detenía de pagar. Le pedí que se apurara, que llevaba prisa. Mentira. No tenía prisa alguna, a Miguel

ya no le importaba si me demoraba demasiado en el súper. Habíamos dejado de hablar, no como si antes habláramos mucho, solo nos sentábamos juntos a comer los fideos y ya. Del resto, ni nos mirábamos. Se pasaba todo el día en esa condenada silla, mirando la pantalla estática del televisor, esperando que por arte de magia le llegara la iluminación para su "¡próxima gran idea!". Próxima gran idea de mierda, en realidad.

Todos los experimentos le salían mal. Al principio no era así. Pero las cosas cambiaron con el primer pie en el umbral de la puerta de casados. Como si el Miguel que conocía nunca hubiese existido. Lo abdujeron los aliens o lo secuestró la mafia o se escapó y dejó un clon al que se le olvidó imprimirle las neuronas en el cerebro. Proyecto nuevo tras proyecto nuevo, sin terminar nunca nada, siempre ingeniándose para reventarme la vida, o los talones.

En fin. Después de un pestañeo insistente, y decirle a Cindy, la cajera, que se calmara, gracias, estoy muy bien, sí, no necesito una ambulancia, la va a necesitar usted si se sigue alterando, ah, y que no necesitaba bolsa, pude pagar. ¡Gracias! Qué alivio.

Me dirigí feliz y campante hacia casa, con el ramen y un pequeño pack de cerveza. Sin embargo, a medida que me acercaba a la portería del edificio mi energía fue disminuyendo. Tal vez me debería haber quedado hablando con Cindy. Un poco entrometida, pero amable.

Saludé al portero, que no me devolvió el saludo, y subí uno a uno los peldaños de la escalera. Esa horrible escalera amarilla y marrón con una barandilla verde. Si arreglaran el ascensor no tendría por qué verla más. Pero tengo que verla, y subir de poco a poco...

Llegué sin aliento al rellano del pasillo. Lo único que se escuchaba era el subir y bajar de mi pecho. Ya podía sentir a Miguel. El calor y la humedad de los últimos días estaban haciendo su efecto. Tendría que bañarlo tarde o temprano; si las cosas seguían así, no tardarían en llamar para quejarse. Me acerqué vacilante a la puerta, respiré hondo y entré.

—Llegué. ¿Te fue bien hoy? ¿Pasó algo interesante en la tele?

—le pregunté.

No dijo nada. Se quedó ahí, inmóvil, analizando el aire. De vez en cuando ladeaba la cabeza a un lado o al otro, como si estuviera contemplando una ecuación muy compleja.

—Voy a hacer fideos, ¿quieres?

— ...

Los últimos días estuvo muy callado, tremendamente parco. De vez en cuando creía escucharle decir algo, pero cuando le preguntaba que qué, no decía nada, me hacía sentir como si estuviera perdiendo la cabeza.

Me dispuse a cocinar los fideos. Mientras el agua hervía corté algunas verduras, champiñones, cebolla, un poco de

rábano. Freí un huevo y esperé un rato más. Me entretuve esos minutos mirando a Miguel. La cara pálida, los párpados caídos, las comisuras de la boca esbozando una tenue sonrisa. Incluso tuve la oportunidad de admirar algunos de los nuevos habitantes que se alojaban en su interior.

Una vez el agua hirvió, abrí los paquetes de ramen y los tiré en la olla. Añadí el polvo saborizante, las verduras y cuando estuvo todo cocido metí el huevo.

— ¿No vas a comer? —le pregunté.

Silencio.

—¿Es que quieres que te la dé? Ya no eres un niño. A ver, abre grande. Di: AHHHHH

Y con esfuerzo le fui abriendo poco a poco la boca. Rígida. Y a cucharadas le embutí el ramen hasta vaciar el tazón.

Julieta Ramírez



Rose

—Hace poco le dije a un man que me recordaba a la luz cuando traspasaba las hojas de los árboles—. Sonrió melancólica, alzó los hombros y, evitando la mirada de cualquiera, batió la mano diciendo —Al final terminó siendo un amor fugaz.

Rose retomó la conversación sobre el filósofo oriental que había encontrado y seguimos conversando de filosofía como si decir esas cosas en cualquier contexto fuera fácil y normal.

Al hacernos más amigas, Rose me recordaba un poco a Sally, de El extraño mundo de Jack. No sé si se daba cuenta de lo remendada que se veía a ratos. Se veía tan cómoda en sus vestidos rosados, llena de flores, con sus tacones y sus uñas arregladas que nos engañaba pensando en que era una persona que solo sabía de alegría.

No noté hasta mucho más adelante que su sonrisa era su arma más preciada. Era dulce y no podías evitar sentirte tranquilo cuando ella sonreía. Realmente no era bonita de revista, pero era la manera en que hasta su ropa parecía sonreír cuando ella lo hacía lo que agradaba tanto.

Pero incluso así, estar a su lado era un poco extraño; un silencio la acompañaba a ratos como una decoración más y de repente, en alguna salida con varios vinos en la cabeza,

se volvía caricaturesca; solo risas, baile y una inexplicable necesidad de complacer, y se volvía la más atenta, la confiante, la empática. La amiga sacada de una película.

Un día, no mucho después de conocerla, en medio de una tormenta en un vaso de agua, me escribió. Estaba en la clínica, la habían sedado porque llevaba dos días llorando inconsolablemente, llena de ansiedad y sin poder dormir. Me contó antes de que el *Lorazepam* le hiciera total efecto de la lista de quejas y reclamos en la que se había convertido para los que ella pensaba que la amaban.

**asi de defectuosa soy q ni siquiera me hago querer yo
#sebuscanpersonasparaencontrarmedefectos**

¿Qué quería que le respondiera?

**Rose con quien estas?
con mis padres. tranquila**

No supe quién más sabría por lo que decidí visitarla y al menos cerciorarme de que estuviera bien. Llegué a su casa y esperé a que saliera. Abrió la puerta una chica de gafas, una pijama gris y descalza. Pensé que me habría equivocado de casa hasta que sonrió.

— ¡Hola! Pasa, pasa. ¿Cómo estás?

Me dio un abrazo y nos sentamos a conversar en su sala. Le había llevado una Polet, el helado que sin falta comíamos cuando estábamos saturadas de tanto estudio.

Conversamos toda la tarde, parecía que necesitaba desahogarse un poco y decir en voz alta todo lo que sentía que le estaba sucediendo. Me contó cómo estaba batallando contra la anorexia por tercera vez desde que tenía 13 años, y entre la presión, el desamor, falta de sueño y una recaída había colapsado sin poder agarrarse a nada.

—¡Yo estaba gordita! —rio burlándose de sí misma—. A mi ex le gustaban más rellenitas, pero la lipotusa es muy efectiva.

Abrió el paquete de papas con el que había jugado unos minutos y comenzó a comer animadamente.

—Te juro que no encuentro cosa más insultante para una feminista que sufrir de amor.

...Sentí un poco de lástima por ella: tan remendada y atascada en el pasado.

—Pero Rose, de eso se trata la vida ¿no? Cometer errores para vivir.

Me miró detenidamente a los ojos por unos segundos: sería y sin su usual sonrisa.

—Sí, supongo que sí.

Regresó a la vida un poco menos ella, vistiendo de gris y de negro, lamentándose por los errores que había cometido con el muchacho del sol y los árboles. Seguía con sus

uñas perfectas y sus tacones pero hasta su humor se había ensombrecido. También su conducta poco a poco cambió y empezó a ser autodestructiva. Entre su desaparición de nuestras ya habituales charlas de filosofía y que respondía muchas horas después su celular, era difícil saber qué era lo que le sucedía. Aun así, había días tranquilos y sin estrés en los que estallaba y me buscaba risueña contándome que había ido con este a un parque y con aquel al otro.

—No sé qué me pasa con los parques, Pequeña Saltamontes, pero los hombres se vuelven patéticos-. Se reía y luego perdía el buen humor y me decía que nunca pasaba nada. No pasaba de que le dijeran que le bajaban la luna y le besaran la mano cual “historia ridícula y cliché del medioevo”. —Como si yo necesitara que me bajaran la luna. Solo quiero alguien que valga la pena, no que me llene de promesas.

Pero ni los columpios, ni los árboles, ni el sol, ni el febril deseo de los ingenuos que la perseguían la liberaban. Decía que nadie la entendía, que tenía el corazón de un colibrí y la actitud de un gato, siendo presa y depredador al mismo tiempo.

—Una mariposa venenosa-, decía ensimismada mirando el cielo, mientras descansaba de todo lo demás. —Es que el amor es un abandono. Es como perder la identidad.

—Parce ¿seguro no estás consumiendo nada más? Muéstreme esas pastillas.

Río bajito y tiró un pedazo de papel que tenía arrugado en la mano. Resopló, se paró, recogió el papel, lo tiró en una caneca y se tumbó otra vez en el pasto en el que habíamos decidido almorzar ese día.

—Detesto haber sido tan frágil que necesito esta mierda de antidepresivos.

—Pensalo como una muleta mientras volvés a recuperar tu ritmo. Pronto estarás trabajando en lo tuyo y será como si nada.

Volvió a dirigirme esa mirada perforadora.

—Sí, supongo que sí.

Al entrar en vacaciones, conversamos un tiempo. Me contaba que estaba en una cabaña en el bosque, con un río al lado; "idílico" fue la palabra que usó. Las llamadas le dejaron de entrar y días después ni los mensajes le llegaban a Whatsapp. Supuse que estaría en su anhelada desconexión de todo. Un mes después regresamos a la cotidianidad como si el mundo se hubiera reseteado. Rose regresó con vestidos de flores, maquillada, enamorada de nuevos autores que había conocido esas vacaciones y escuchando EDM.

—¡Pequeña Saltamontes! ¿Me acompañarías a una cita? No lo conozco bien y me gustaría que vinieras conmigo. Le podemos decir que traiga un amigo-, me miró con picardía y yo me reí.

—No me caería mal una salida— mentí.

—¡Sí! Hace rato que estás soltera. ¡Salgamos!—. La taladré con la mirada, no se había percatado de la crueldad de sus palabras.

— Y ¿a dónde? No me digas que a un parque—, me reí.

—No —me respondió mirando hacia abajo—, no más parques para mí. No me voy a dejar llenar de ilusiones baratas.

La miré y sonreí. "Ni ilusionarás a nadie más", pensé.

—Estoy orgullosa, mi Pequeña Saltamontes.

Soltó una carcajada y puso los ojos en blanco.

Fue difícil coordinar cuatro horarios diferentes por lo que resolví dejar que disfrutara ella de la compañía del muchacho que acababa de conocer. Quizás era un poco pronto para mí, andar de relación en relación no era lo mío. Pero al menos Rose dejó de verse tan remendada. Estaba más enfocada, estudiábamos más y cada vez salía menos.

Algún día que estábamos descansando viendo videos graciosos en Youtube aproveché y le pregunté sobre él. La sonrisa divertida se volvió melancólica y desvió la mirada.

—Bien, pero no durará mucho. Se va para París en un mes.

Solté una carcajada y me toqué la frente.

—¿A qué ángel le rompiste el corazón que tienes tan mala mano con los que escoges?

Se rio y me empujó de los hombros.

—Cállate que hace rato no me sentía así.

Me contó de sus salidas y de las cosas que compartían, disimulando con sus palabras lo que le brotaba por los ojos.

—Nada que hacer porque se va...

—Disfrútatelo. Ya mirarás qué hacer después.

Suspiró y me miró.

—¿Si ves cómo el amor es solo un abandono de la identidad?

Pensé que debía volver a montar patrulla, la decepción no le había sentado bien pero los días pasaron sin eventualidad alguna.

El ritmo de la universidad cada vez ameritaba más dedicación, con lo cual ya no había tanto tiempo por perder ensimismadas conversando de filosofía. Era difícil ya reunirnos si no era para estudiar. Luego de hacer varias vueltas para el trabajo que acababa de conseguir, decidí que ameritaba un café, en una tarde de esas con el cielo tan limpio que no parecía el Valle del Aburrá.

Me senté en una banca de madera en medio de los edificios grises y modernos de la Milla de Oro, admirando cómo habían logrado combinar la moribunda eterna primavera con el centro financiero de Medellín, el lujo preservado

entre una ilusión de selva. La gente miraba sin fijarse, ensimismados en sus ocupaciones, dentro de sus trajes y tacones, de un lado para otro. Todos con sus aires importantes y negocios incalculables. De pronto en una esquina de una heladería me percaté de una parejita: una mujer joven, delgada, de blusa blanca, pantalones grises y un morral se sentaba junto a un muchacho de similar aire, los dos comiendo helado entre risas.

Él la miraba con ojos brillantes y ensoñadores mientras le pasaba su brazo lentamente por su cintura mientras ella terminaba su helado, tocaba su cara y le daba un beso que se fue alargando más y más.

Me atraganté un poco con el café y me fui tosiendo de aquel lugar. No solo no quería seguir viendo algo que parecía tan íntimo y delicado, sino que luego de observarlos durante un largo rato me había percatado de que sabía exactamente quienes eran.

Los meses fueron pasando cada vez con menos drama hasta que Rose un día me pidió que habláramos, que tenía que contarme algo. Me pidió que nos encontráramos en un café a las afueras de la ciudad, un miércoles.

— Rose, por Dios, ¿no puede ser un día más adecuado? Es mitad de semana.

Me miró con un poco de vergüenza y presionó un poco más.

—Es un lugar muy bonito, te encantará. Es como sacado de Harry Potter un poco.

Me reí y de mala gana, accedí.

Había llovido tanto que el frío era pesado y mordía mi nariz y mis manos. Renegué un poco, pensando en las cosas que debía hacer. El olor a panadería calentó mis mejillas. La iluminación clara pero tenue iba bien con la mezcla de la trompeta y las voces que se turnaban cantando. Era un ambiente perfecto para sacar un libro o un portátil y trabajar sin estrés, con sus sillas de madera clara y con mapamundis dibujados en los cojines. Me senté en una de las mesas en todo el centro, maravillada porque no encontraba una pared donde no hubiera un libro y aun así, el lugar tenía un orden y una armonía inmaculada. Poco tenía de Harry Potter, pero entendí la fascinación de Rose por aquel lugar.

Una muchacha vestida de jeans gruesos, una camisa ligera blanca, una rompevientos con cuero, gafas negras y un casco negro mate bajo su brazo se acercó, se sentó en una silla a mi lado y me sonrió.

—¿También te piensas cambiar el nombre?-, le pregunté riendo tratando de ocultar mi espanto, sin molestarme en saludarla.

Ella me ofreció una sonrisa mucho más natural y alzó los hombros displicente.

—Solo quería despedirme antes de irme.

La miré anonadada.

—¿A dónde te vas?

Se quedó callada, mirándome unos segundos y suspiró.

—Viajaré unos meses pero vendré para la ceremonia. Nos tomaremos la foto juntas—. Sonrió con tristeza y me entregó una caja pequeña de regalo negra con dorado. —Lo escogí luego de que pasáramos por esa perfumería francesa que queda en Oviedo y que tanto te gustó, Pequeña Saltamontes.

La miré entre sorprendida y confundida.

—Gracias—, me dijo en voz baja, —por ser una amiga leal.

No supe qué decir y el color se me subió a la cara.

— Aún no entiendo muy bien por qué me ayudaste tanto.

Bajé mi mirada y guardé el regalo en mi bolso.

—Me recordaste a alguien que pasó por lo mismo.

Algún día le contaría que era yo, que había reconocido las euforias y los delirios. Pero parecía tan cómoda en su despedida que preferí quedarme callada.

Oriana Maya



Espejismo

¿Ya viste con quién vine? Ahorita lo miras con disimulo, es más, yo te lo presento, pero no le vayas a contar que te hablé de él. Se llama Carlos, Carlos Ferguson ¿qué tal? Lo conocí en Tínder y apenas estamos saliendo. Imposible un plan mejor para un viernes por la noche. Ya vas a ver como es de papi: alto, con las cejas marcadas y sombra de barba, súper varonil. Mira esta foto... Todavía no la he puesto en mi perfil, pero ya casi..., hasta se me parece un poquito a Felipe, el Rey de España. Es economista, con un posgrado en la Universidad de Chicago, además trabaja en la empresa de su familia. Hace un momento me dijo que está muy perfilado para ser el gerente, cuando su papá se retire.

Te cuento en orden, es que estoy emocionada. Es de una familia tradicional: el papá, la mamá y cuatro hijos, todos del *Columbus School*. Carlos es el mayor, le siguen tres hermanas, una es de mi edad y también toca guitarra. Parece que en la casa son como muy artistas, porque Caliche recibe clases de escultura contemporánea. Hace crossfit ¡y se le nota!

¡Cumplimos años el mismo día! Los dos somos Libra. Además, tienes que ver la caballerosidad de ese hombre: me corrió la silla aquí en el restaurante, me recibió la cartera... Lo único es que, no hace mucho, terminó con una novia con la que creo que duró bastante, ¡pero nada que este escote no ayude a olvidar! ¿Cómo me veo si me suelto el segundo botón de la blusa?

Salimos del baño y nos dirigimos hacia mi mesa. Estaba ilusionada con la idea de presentarle a Carlos a mi vieja amiga del colegio. No estaba él, no estaba su saco. Revisé junto a las copas ya vacías a ver si encontraba su celular, pero sobre la mesa sólo estaba la clásica carpeta de cuero negro con el logo del restaurante repujado en el lomo.

Juliana Villegas Gómez



Triángulo de dos caras

Él estaba en medio de un grupo de personas que entraban al café. Reconocí su cara; la había visto en el navegador. Conversaba con sus amigos. Seguí mirándolo.

Pregunté para asegurarme y me lo confirmaron. Era él, ahí, a seis metros de distancia tenía al mismo hombre que en enero escribió una bella nota acerca de mi libro.

Me levanté de la silla. Fui a saludarlo. Le di la mano y en sus ojos vi que se preguntaba: ¿A qué viene esta mujer? ¿Qué quiere? ¿Quién es?... Y me apuré en decirle: Yo soy la de Lenguas de fuego... quería darle las gracias por su lectura y por la nota que hizo de mi libro.

En el orificio de sus pupilas se rompía la burbuja, el universo creado por ese lector, mi lector desconocido, se acababa de transformar en un muñequero tan corriente, tan trillado, tan opaco, que la emoción inicial de haberlo conocido desembocó en la desilusión que ahora me obliga a preguntarme por el triángulo que se forma entre el autor, el libro y el lector.

¿En qué consiste esa figura imperfecta que está mediada por las palabras impresas en el papel?

Y es que, en esa cita a ciegas, las páginas del libro son la frontera, el espejo en el que autor y lector se encuentran para mirarse a los ojos y estrechar las manos. Un territorio en

el que ambos firman un acuerdo de mutuo conocimiento. Un matrimonio que culmina en una cópula mediada por la sábana de papel.

Los amantes no se conocen, pero, como en un Santo Sudario, pueden adivinar sus siluetas perfiladas entre las páginas del libro. Esa es la única manera en que deben amarse porque en el momento en que se rasga el papel, escritor y lector se miran a los ojos, se profana el pacto y se derrumba el universo construido por ambos.

Hoy me arrepiento de haberlo sacado de ese mundo para traerlo al mundo de un escritor que sólo debería tener vida en su palabra escrita. Afirmo esto y, sin embargo, cuando algo que leo me gusta, busco con avidez en Google al autor con deseos de saber tanto de su obra como de su vida. Nacionalidad, año de nacimiento, infancia, cónyuge, hijos, estudios, obras, premios... Voy a las charlas cuando es invitado a las ferias del libro. Pero también voy a las de otros autores aún sin haberlos leído y son más las veces que salgo decepcionada para decirme es mejor leerlo... Aunque otras veces también me digo, a este fue mejor oírlo porque cuando lo leo me desinflo.

La elocuencia, esa retórica seductora de la que hacen alarde muchos autores, no siempre se corresponde al prodigio de sus textos. Y es ahí donde se acomoda el espectáculo al que hoy, más que nunca, se rinde culto: las redes socia-

les. Las promesas rápidas de un mundo singular al que los espectadores, como simples voyeristas, son invitados a presenciar malabares mentales de frases tan profundas como ligeras. Palabras barridas por las siguientes, cada vez más volátiles y pasajeras. No soy ajena a eso y me asqueo de mí cuando me veo pasando ratos largos sumergida en esas profundidades mientras me devoro un paquete de chucherías. Todo a mi disposición. Oprimo "enter" y listo, preguntas resueltas sin salir del sillón.

Pero cuando escribo, cuando de verdad quiero entregarme a la escritura, apago el mundo y procuro el silencio para estar conmigo misma. Yo con mi yo de adentro, para establecer ese diálogo interno en el que se va hilvanando el lenguaje que articula un universo de palabras para el lector. Ese receptor invisible nos da la libertad de imaginarlo tan desnudo como un Adán dispuesto a perder su paraíso por la promesa de otro... ni mejor ni peor, simplemente otro.

Y así, sin vernos, nos amamos con un amor puro.

Ya me había sucedido algo similar. Y no solo coincide la circunstancia de que a ambos los llamaba "mi lector desconocido", sucede que también los dos son críticos de cine... Apenas ahora caigo en la cuenta de esa conexión intrascendente y curiosa... y no buscada. A este personaje le envié un cuento que había escrito a raíz de la lectura de una de sus críticas. Había ido a una película que él recomendaba y de

ahí salió un texto. Nada memorable, pero en ese momento (esto fue hace muchos años) yo creí oportuno buscar su correo y enviárselo. Un gesto amparado en el anonimato de quien lanza un avión de papel y se esconde tras un muro. Pero su respuesta fue tan amable, tan cercana, que le seguí enviando cuentos que él seguía recibiendo con la misma calidez. Yo no esperaba nada más y sólo atesoraba esa respetuosa correspondencia como el atisbo secreto de un hombre que lee detrás del cerrojo de una puerta. Y todo se arruinó. Él vino invitado por la Fiesta del libro y no pude resistir la tentación de montarme en el Metro y pasearme por los stands de la feria. Quería mirarlo desde lejos. Estudiar sus gestos y fisonomía. Le conté a la amiga que me acompañaba ese día y ella me animó a que lo saludara. ¡No! Ni riesgos, le dije. Me dio instrucciones de cómo hacerlo... le dices esto o aquello. Me rehusé. Fui tajante, le dije que no quería que me viera, que me gustaba no ser nadie, ser simplemente la que escribía. Y entonces, antes del inicio de una de las tantas conferencias, fui al baño. Tardé unos minutos y al regreso la encontré sentada junto a él. ¡Por favor! Me senté detrás. Escuché que le decía con una vocecita fingida: Hola, yo soy Ana María Cadavid, quería conocerte... ¡Por Dios! A partir de ese momento no pude escuchar nada más porque la sangre se concentró toda en mi cara, en mi cabeza y el corazón me cacheteaba: tas, tas, tas.

Cuando ella pasó a la fila de atrás (malditas cacofonías: tas, tas, tas), él miró y lo supe: se había despedazado esa tela

que yo había urdido con tanto cuidado. No tuve más remedio que, a la salida, decirle que yo era Ana María, que le pedía disculpas por la tomadura de pelo, que lo sentía mucho. Él me dijo que ella no encajaba con la Ana que se había figurado en la mente. Y nunca le volví a escribir.

Esto me sucede a mí que soy una escritora poco conocida cuyos lectores son algunos parientes y amigos contaminados con notas de pie de página, asteriscos, paréntesis, comillas y notas biográficas. Es por eso que creo que mi circunstancia es distinta a la de los escritores cuyos nombres suelen ocupar más espacio que el del título de la obra. Escritores que llenan escenarios y se les forman filas a la hora de firmar bellas dedicatorias. Supongo que para ellos, en algún momento, llegue el hartazgo al saber que la página se ha convertido en un celofán transparente. Deben sospechar, supongo, que un lector que todo el tiempo ve a su escritor se distrae. Por eso me empeliculo y atesoro la idea de tener un lector anónimo.

El martes no opuse resistencia a la tentación de saludar a mi nuevo lector desconocido. Ahora lo lamento. Y aunque había aguantado los deseos de escribirle para darle las gracias o enviarle cuentos por correo, no pude soportar las ganas de saludarlo. Y como la mujer de Lot lo miré. Y como Eva le di la mano. Y le dije: yo soy la de Lenguas de fuego. Rompí ese estado de inocencia que hace del lector un ser puro... Y en mi impúdica desnudez supe que había invadi-

do un terreno que me era ajeno y que, por el solo hecho de conocer su cara, esa que había visto en la pantalla de mi computador, no estaba avalada para presentarme. Porque él, que no conocía mi cara, ya me conocía por dentro y yo, que sólo conocía su cara, era menos conocedora de él y, por lo tanto, menos poseedora del derecho de violar ese pacto secreto que se formó, con su lectura, entre las sábanas blancas del libro.

Ana María Cadavid M.



Perlas ácidas

Bzzz - Bzzz

-Entonves, en que quedamod si vamo a saliw

Mis amigos de la universidad están planeando un encuentro para que nos veamos como excusa por mi cumpleaños.

Bzzz...

Bzzz...

Tomo el celular para leer todos los mensajes:

Patricia

Vsmos a South 54 o a xalle primavera

No lo sé. Simpre Vamo a ls Mismos LUGARES y
mas que Cile Prnabera se yenado d prostibulos. a
mí ese mbiente no me gusta.

Ángela

jajajjjaja. 😊 😊 😊 😊 😊

Carlos

Tú, trnquila que a ti n te confwnditán como ua
prpstitta nunca 😊

Ángela

jajajjjaja. 😊 😊 😊 😊 😊

Patricia

Pq no vmos al bar "De siempre", el de nstro tiempo en la U

A todos les gusta la propuesta, menos a mí.

Son las seis de la tarde y no sé si quiero ir. Aun así, quito las cobijas de mi cuerpo, dejo el diario de Anaïs Nin en mi cama para ir a ducharme. Mientras me levanto veo en la ventana las nubes negras tapando las montañas; para mi mala suerte tendré que salir en una noche fría y bajo la lluvia.

Mientras el agua corre por todo mi cuerpo, pienso mucho en sus vidas arregladas: sus trabajos a término indefinido en bufets de abogados, ministerios y empresas, sus matrimonios, sus vidas felices, y pienso en la mía... trabajos inestables, dedicada a mis padres, con una vida en pausa. Me seco, me arreglo el cabello como pueda y me envuelvo en la toalla. Voy a la habitación y tomo el celular que no para de repicar.

Carlos

Yo pdo deapu+ès d ls 8.

Ángela

Y puedo antes de las ocho, para salir temprano a recoger a la niña donde mi mamá.

Bzzz - Bzzz

Carlos

Porque ya hay partido y yo no me pienso quedar sin ver algo. Miren que estoy en la ciudad para que me vean, chicas.

Patricia

Uy no puedes quehacer. Yo debo ir antes de las 10 así que veámoslo temprano.

Carlos

A las 8:40 entonces, pero ¡X favor CUMPLIDOS, no quiero quedarme esperándolas.

Carlos es el más incumplido, siempre llega una hora más tarde de lo programado.

Ángela

Si, * favor cumplidos

Patricia

Si. Ya cuadraremos la hora, no hay excusa.

Me subo al carro. Pongo la música que me gusta. Voy manejando en medio de la soledad y la lluvia, me apresuro para ser la primera en llegar. Pienso en todo lo que he pasado en este último año con mi familia. Pienso en la vida y la muerte, y sobre todo, en qué voy a decir cuando me digan qué andas haciendo... Quiero contarles todo lo que me ha pasado este año, quiero sacarlo todo de mi cuerpo.

Llego y soy la única que está en el lugar, el mesero me ofrece la única mesa disponible y que está cerca al baño de hombres. Veo la carta y pido un licor nuevo llamado Perlas Ácidas, un Gin Tonic de pepino con perlas cítricas. Bueno, al menos algún cambio le han dado a este cuchitril, pienso, y me siento a esperarlos. Miro la gente a mi alrededor. Muchos son jóvenes y pocos de mi edad. Todos están callados viendo el partido entre Colombia y Ecuador. Llega Carlos, pide una cerveza y me habla de qué tan ocupado está en su trabajo, con nuestro profesor de Laboral, en el Ministerio. Me dice cómo le ha tocado aprender a hablar en público porque no han sido pocas las veces que lo han entrevistado por televisión. Me pregunta qué estoy haciendo y si quiero trabajar con él en el Ministerio de Justicia. No respondo. Toma su cerveza y bebe un sorbo. Nos quedamos callados mirándonos las caras.

¡Gooooooooooooooooooooooooooooooooool de Ecuador!

—Vida Hijueputa —dice Carlos.

Silencio...

Bzzz - Bzzz, Carlos toma el celular y lee un nuevo mensaje de Whatsapp:

—Es Ángela, me dice que está cerca, que parquea el carro y viene para acá.

Ángela llega corriendo. Está toda mojada.

—Ay, por poco y no llego, acabo de dejar a mi hija y casi que no me suelta. —nos dice— ¿Cómo van ustedes? — no hemos terminado de pronunciar la primera palabra cuando ella vuelve a hablar: —Ay, yo bien, ocupadísima, llena de trabajo, no he podido ni sacar vacaciones porque estamos participando en una licitación súper importante que, si la logramos, no me van a volver a ver en un tiempo.

—¿Y qué tal la niña? —le pregunta Carlos.

—Ay no, esa niña es muy especial, juiciosa, no me pone problema y en el colegio le está yendo súper bien. Tiene las mejores calificaciones de preescolar—le muestra una foto.

Sigo bebiendo mi Gin Tonic sin decir una sola palabra.

Llega Patricia, mira alrededor y ve que la mesa está cerca al baño de hombres, — ¿No podían escoger un lugar mejor? —, pregunta.

—No hay opción, como ves todo está lleno. Le respondo.

Va a buscar a un mesero y muy enojada trata de hablar con él sobre el cambio de mesa. El mesero mueve su cabeza haciéndonos saber que no hay mesas libres. Ella sigue insistiendo y pone al mesero de mal genio. Le habla duro pero al final no puede hacer nada y regresa.

—Para la próxima vez lleguen más temprano, así consiguen mesa, nos dice.

Se sienta e inmediatamente pide la carta.

—Este trago está muy bueno—le recomiendo.

—¿Cómo se llama?

—Perlas ácidas, es un Gin Tonic de pepino con perlas de limón.

—No, yo quiero beber algo de verdad, para adultos. No quiero jugos infantiles.

Callo.

Siguen conversando sobre los viajes, la oficina, los problemas del país y de la ciudad, sus trabajos, sus vidas. Se miran entre sí evitando mis ojos. Yo me pierdo viendo a los demás que están frente al televisor viendo el partido, celebrando el comienzo del fin de semana y el pago de la quincena.

—Sí, este año ha sido difícil para mí —digo.

—Para todos—, me dicen.

—Sí, tener que acompañar a mi tío en su proceso de muerte y mi madre que se enfermó, pues es difícil. Además, la mudanza...

—Nadie tiene que hacer eso si no quiere... si la gente no pide ayuda —me interrumpen— no tienes que estar siempre allí para tu familia.

—Rosario está triunfando como nunca —dice Carlos—, ha salido en la portada de "Cambio" por sus conocimientos en derecho público.

—Yo... —intento decir algo más pero me quedo callada.

—Sííí, qué bien —dice Ángela—. Ella sí está sacando la cara por el grupo.

—Y ya ha salido muchas veces en televisión, en RCN. Cuando necesitan a algún abogado que hable sobre el país siempre la llaman a ella —dice Carlos.

Tomo un trago y sigo mirando a la gente. Mis ojos lo ven a él. Un hombre que se encuentra en la barra, de pelo negro, cara afinada, con pantalón negro y chaqueta de jean. Está tomando una cerveza y conversa con su grupo de amigos. Detallo su cuerpo, él me mira.

—¿Saben que Yolanda se empelotó para Soho? —comenta Carlos.

—Sí, desde que hizo el video aquel con su novio no le quedó de otra que terminar de buscar la vida como modelito.

—Para qué es tan bruta de hacer un video.

—Es que ella desde siempre ha sido como perrita.

—No ven que el trabajo que se consiguió fue gracias a su "amistad con el jefe".

Sigo mirándolo y él también me mira. Me sonrío, me río y vuelvo a tomar un sorbo de mi trago, él levanta su vaso y me saluda.

Ellos conversan entre sí.

¡Gooooooooooooooooo! Grita el locutor.

La gente celebra, grita, Carlos mira el televisor. Patricia le pregunta a Ángela sobre su hija y ésta le cuenta sobre el colegio que escogió: supo que era el perfecto para ella cuando vio que sus alumnos han tenido los mejores puntajes del ICFES. Se lo cuenta a Patricia. No a mí.

Yo sigo mirándolo a él y pido otro trago. Trato de decirles algo, pero me interrumpen y siguen hablando entre ellos.

Me levanto y digo que voy al baño.

—Sí, sí, sí. —En la mesa, mis amigos siguen conversando sin darse cuenta de que yo ya no me encuentro.

—Querida y ¿cómo va tu vida de casada, luego de la niña?

—Ocupada, pero nunca dejamos de tener ese lado picante.

—Y ¿cómo hacen? Yo no podría, por eso es que no estoy casado ni con hijos —dice Carlos.

—Salimos a paseos solos, y bueno, o salimos por ahí. Ustedes saben.

—Jajaja.

—Jajajaja.

Camino y paso cerca de él. Le toco el hombro con el mío. Le sonrío. Sigo caminando y miro hacia atrás. Él me sigue con la mirada.

Entro al baño de hombres.

Él también entra.

Lo miro

—Estás en el baño equivocado—, me dice.

—No lo creo.

Me acerco y lo beso.

Aleja su cara, sorprendido por lo que acaba de pasar. Le sonrío.

Él me besa también, me lleva a la pared y mete sus manos dentro de mi camisa, recorre mi cuerpo.

Tantea mi brasier buscando los botones para quitármelo. Me besa el cuello, me lleva hacia los lavados, me recuesta sobre ellos y sigue besándome cada vez con mayor intensidad.

Metó mis manos dentro de su camisa y toco su abdomen y pecho.

Su mirada me eriza toda la piel. Nos seguimos besando. Le quito la correa.

Tocan la puerta.

¡Goooooooooooooooooooool de Colombia!

¡Esooooooooooooo!, gritan afuera

— ¿Te acuerdas Carlos cuando fuimos a un motel a conocer? —dice Ángela.

—Claro que recuerdo.

Nos damos cuenta que las paredes son tan delgadas que podemos escuchar todo lo que mis amigos dicen. Nos reímos. Me besa un seno, luego, con sus labios recorre mi cuello, muevo mi cara y nuestras bocas se encuentran y nos besamos. Sus ojos erizan toda la piel de mi cuerpo.

Me quita la correa.

—Ayer fui a Motivos con mi esposo.

—¿Y qué tal?, hace rato que no voy.

—Está renovado, lo tienen más pulcro, más organizado... y ahora ¡hasta venden juguetes sexuales!

—Nooo, ¡mentirosa!

—Sí, disfraces y ropa interior.

—Yo sí soy un poco más elegante —dice Carlos— y me voy para un hotel un fin de semana.

—Ay no, pues ¿qué haremos?, ahora te haces el decente.

—Maduré, es que hay que madurar y ahora en mi posición no se puede dar papaya para que hablen mal.

Me toma por la cintura y me sube al lavado.

Me quita el pantalón y las bragas. Track track track.

Muevo mi cabeza y encuentro su mano cerca de mi cara. Con mi boca tomo un dedo y juego con él con mi lengua.

—Abra hijueputa que me voy a orinarrrr.

Goooooooooooooooooooooool.

—Me encanta hacerlo en el jacuzzi.

—Uy no, yo solo en la cama.

Nos reímos, me vuelve a besar. Tomo su cabeza y lo llevo para que recorra con su lengua todo mi cuerpo hasta llegar a mi sexo.

—Es que hay que ser sinceros, allá abajo no debería ser permitido.

—Ni manos ni lenguas. —Ángela y Patricia terminan la oración de Carlos.

Se baja los pantalones.

Agarra mi cadera y la acerca hacia él.

Sonríó.

Me muerde los labios para evitar que las voces se escuchen más allá de las paredes.

Toc toc toc,

—Abraaaaaaaaaaan

Gooooooooooooooooooooooooooooo

Muerdo su oreja.

—¿Y ustedes lo harían en un baño público?

—Nooo ¡qué patético!

—Yo no lo haría en el baño y menos público, ni loca. ¿Y tú, Carlos?

—Uy, eso nunca.

—¡Para eso está la cama! —gritan al unísono Ángela y Patricia. Se ríen.

Jadeamos, nos miramos y reímos.

Pone su dedo en mi boca en señal de silencio.

Se viste, pica el ojo y cierra la puerta.

—Por estos días usé un lubricante de chocolate —dice Carlos.

—¿Y qué tal? —pregunta Patricia.

—Delicioso.

—Yo compré —dice Ángela— un polvo con sabor a miel para jugar con mi esposo en el cuarto.

Arreglo mi ropa, me recojo el pelo y me pinto los labios con un rojo intenso.

Salgo.

—¿De qué es lo que están hablando?

—Nada, de cosas que no te interesan, de cosas que tú ni siquiera te imaginas.

— ¿De qué? —insisto.

—De Moteles y de sexo, bobita.

Bebo un poco de Gin Tonic y muerdo una perla ácida; un escalofrío me recorre por todo el cuerpo.

—¿Moteles?... Sí, yo no conozco los moteles.

*Este cuento fue publicado en Laterales Magazine (<https://laterales.com/perlas-acidas/>)

Marta Peláez Gaviria

GRUPO
LITERARIO
LETRAS

UNIVERSIDAD
EAFIT[®]

Vigilada Mineducación

LETRA DE 12